

Rilke y la muerte propia

Carlos Astrada

Rainer María Rilke es, sin disputa, el poeta germano que -exceptuando quizás a Stefan George- ha escrito los mejores versos, los más bellos, hondos y grávidos de sustancia poética, después de Goethe: el que ha vivido la vida más pura, adentrada y solitaria, después de Nietzsche: el que, en su conmovida búsqueda de Dios, en su necesidad de exaltar como ápice del existir el punto de interferencia de lo absoluto con la mónada humana, ha dejado en la literatura profana huella mística más profunda, después de Novalis.

Entre los grandes temas de Rilke, en el dominio de la vida y de la creación artística, se destaca, adquiriendo el valor y jerarquía de una de sus vivencias centrales, fluencia henchida y continua que conduce al manantial de su poética, el de la “muerte propia”, postulado poético-existencial que, en él, se corresponde con el de la “vida propia”, formando ambos unidad inescindible. No se explica este *pendant* con el sólito símil del anverso y reverso de la medalla puesto que se trata de una sola cara, mitad en sombra, mitad iluminada, o lo que es lo mismo, de dos perfiles, uno de los cuales funciona como anverso cuando el otro se vela en sombra, y viceversa. En realidad, ambos yacen en la media luz en que está sumida la trama de todo existir.

Jens Peter Jacobsen enuncia, por primera vez en la literatura, por boca de su *María Grubbe* -la obra maestra del poeta y novelista danés-, la idea de la “muerte propia”: “Yo creo que todo hombre vive su vida propia y muere su muerte propia, esto es lo que creo”. Rilke, lector asiduo de Jacobsen por cuya obra exteriorizó una admiración constante y sin reservas¹, fue tocado vivamente por tal idea, la que, incorporada a su acervo espiritual, comienza a trabajarlo, a saturar su vida interior, enriqueciéndose, en él, con nueva sustancia, con matices imponderables, hasta erigirse en una vivencia

orientadora, impregnada de sentido, definitiva, hasta ser la simiente que, caída en suelo fértil, germina y fructifica. Rilke ahonda la vivencia de la muerte propia yendo a ella desde distintas zonas y momentos de su experiencia vital y espiritual, y apela a múltiples expresiones metafóricas para darle forma poética. Todo su esfuerzo tiende, sin duda, a asirla en su medularidad, cuyo sentido no es ni puede ser otro que el que se expresa por la unidad concreta y dinámica de la existencia, de la irreiterable existencia humana, que tiene por misión, según Rilke, acoger en sí el mensaje de la Tierra y cumplirlo fielmente.

La idea de la muerte propia entraña, para Rilke, la necesidad de oponer a la generalidad abstracta de la muerte, como algo trascendente y externo a la vida, la muerte individual. Es decir, que cada cual ha de tener una muerte de acuerdo con lo que se es o se hubiera llegado a ser. En *Malte Laurids Brigge*, Rilke ha expresado con admirable plasticidad y vigor esta exigencia de la muerte individual, implicada en la idea de la muerte propia, idea, esta última, que tiene un significado mucho más hondo, puesto que supone en el ser existente una tensión, un esfuerzo, un dinamismo peculiar. Aquí, las sutiles y matizadas reflexiones rilkeanas son pasos simbólicos que conducen a la captación plena de la vivencia, a la comprensión y aceptación del imperativo existencial implícito en la misma. Hay diferentes clases de muerte, y este hecho nos pone en un camino, que, si sabemos andarlo, nos desvía de una muerte que no pertenece a ninguno y nos lleva en dirección a nosotros mismos. Tenemos la muerte innominada, en serie, según estadística, que acontece en los hospitales, en los que no hay muerte individual; la muerte que corresponde genéricamente a enfermedades clasificadas y estudiadas, cuyo desenlace pertenece a las mismas, pero no a los hombres; la muerte fina de la buena sociedad, que es la que se elige cuando se muere en la propia casa. Pero el poeta, cuando recuerda lo que fue la vida de sus antepasados, piensa que para ellos la muerte no era algo genérico, sino otra cosa. Aquéllos tenían quizás la sospecha de que “se llevaba la muerte dentro de sí como lleva el fruto su pepa”. Así, ni siquiera los niños tenían una muerte cualquiera, sino una pequeña, así como los adultos una grande; y entre todas, la muerte terrible, con estruendo y atuendo, de su abuelo, Christoph Detlev Brigge, muerte que aullaba y atormentaba en la persona del viejo chambelán hidrópico.

Rilke preconiza la muerte propia como maduración y remate de una vida auténtica, y reconoce que tenerla es asunto, es decir, logro que concierne a muy pocos. Nos dice que “el deseo de tener una muerte propia es

cada vez más raro; muy pronto él será tan raro como una vida propia". Es que vida propia y muerte propia se postulan recíprocamente, integrándose en unidad; son, como dijimos, los dos perfiles de un mismo rostro, que es el de nuestro destino humano, asomado a la Tierra y saturado de sus esencias. El poeta fija la idea de la muerte propia y, tras troquelarla magníficamente en vivencia poética, le insufla, como veremos, un sentido totalizador, decisivo. En *Das Stunden Busch* acude a Dios en demanda de una "muerte propia" para los hombres. Su canto totaliza el objeto del pedido, dándole carácter supremo: "Oh Señor, dad a cada uno su muerte propia -el morir que se desprende de su vida-, en la que él tuvo amor, vocación y pena. -Pues nosotros no somos más que la cáscara y la hoja-. Y la gran muerte, la que cada uno lleva en sí -es el fruto, en torno del que todo gira"- . Aquí laten dos exigencias fundamentales, una de las cuales ha sido bien notada por Simmel al comentar incidentalmente (en su *Rembrandt*) este pasaje del "Libro de las Horas". Rilke niega, nos dice, la universalidad de la muerte (la muerte genérica y abstracta), y por esta negación, precisamente, la muerte es directamente introducida en la vida misma. "Porque mientras la muerte está fuera de la vida, mientras -en el símbolo espacial que la representa- es el esqueleto que de súbito se nos acerca, ella es, naturalmente, para todos los seres una y la misma". En cambio, cuando es "aprisionada en la vida como vida", ella pierde su generalidad inofensiva, su supuesto carácter igualitario, en la medida en que llega a ser *individual*. Pero, con la muerte individual no se agota, pra Rilke, la idea y el sentimiento de la muerte propia, y esto ha escapado a la acuidad de Simmel. En tal idea late un imperativo, que exige al hombre una tensión constante, un esfuerzo de adentramiento en su vivencia, si a esta muerte propia se la ha de lograr en plenitud, sin que para este logro cuente la contingente elasticidad del lapso vital. Supone, pues, en el hombre el esfuerzo por hacer de la muerte la suya propia, dando su existencia sentido de totalidad y concreción de unidad viva. "Pero la vida sería desde el nacimiento y en cada uno de sus momentos y cortes transversales una distinta si no muriésemos", afirma Simmel; vale decir, que nuestra vida carecería de unidad, de identidad concreta, sería, en fin, un cúmulo de momentos vitales desperdigados, sin nexo, si éstos no fuesen enhebrados en el hilo tenso de la muerte propia, si todos ellos, no se integrasen con ésta en un todo conclusivo y dinámico. La unidad no le es dada a nuestra existencia, no es su remate estático, sino que ella tiene que ser conquistada mediante el constante adentrarse en la muerte propia.

En el fondo, para Rilke, la única manera de existir auténticamente, o sea, de un modo personal, intransferible, es ahondar en la muerte propia, a la que se pliega la vida propia como el vestido al cuerpo, adoptando su forma. El cuerpo lleva el vestido, y este delata en cada pliegue la recóndita dinámica de lo que cubre y vela. Vivimos y existimos desde nuestra muerte propia, y ésta late y crece en nosotros. Ella nos pide que le seamos fieles, que con la pulpa y la sangre de nuestra vida -pulpa caediza en virtud de su hueso mismo- le demos plena realidad en cada uno de los instantes de vigilia telúrica de nuestra existencia. La muerte propia implica una maduración, un crecimiento, la progresión inquieta y angustiosa de un desarrollo (sino, ¿por qué sería pequeñita la muerte de los niños?). Madurémosla, viene a decirnos Rilke, sobre nuestra parcela de destino, propia, inalienable, parcela que se labra una sola vez y sólo sabe de los jugos de la tierra de un sol que sobre ella nace y dentro de sus breves límites se pone. El labriego, consignado a la tarea de hacer aflorar la muerte propia, es, para Rilke, un ser de exclusivo destino telúrico, idea que constituye el meollo mismo de la mística rilkeana. Precisamente, en la novena de las *Duineser Elegien*, Rilke concreta el mensaje de la Tierra, uno de cuyos términos no es otro que el de la muerte íntima, confidencial, El poeta le dice a la Tierra: “Desde lejos e innominadamente estoy decidido por ti -Siempre tuviste razón y tu santa inspiración es la muerte confidencial”; o sea la muerte que a los hombres incumbe hacerla suya, propia.

Esta muerte propia da a la existencia humana unitaria totalidad. No sólo existimos desde nuestra muerte y por ella, sino que también existimos para ella. Somos, como nos enseña Heidegger (que ha sido filosóficamente en su raíz el problema de la muerte), un ser para el *fin*; fin que, porque está presente en cada momento de nuestra duración existencial, tiene la virtud de determinar la integralidad de nuestro ser, haciendo de él un todo. Tal muerte, su vivencia plena, recoge nuestra existencia de su posible dispersión, y la unifica y la totaliza. Este ser, al plegarse a la exigencia de la muerte propia, existe, como si cada instante fuese el último, condición indispensable para que nuestra existencia sea, en cada instante, unidad y totalidad conclusa: mónada incólume, lanzada sobre la ruta de la nada, obediente a su propio impulso, finito y solitario.

Ahora bien, la muerte propia, preconizada por Rilke, es lo que, como posibilidad auténtica e insobrepasable de nuestra existencia, da plenitud y

acabamiento a la vida propia. De aquí que, para Rilke, la muerte no sea, de acuerdo a su sentido cristiano, un fin, que es a la vez comienzo, estación de tránsito a otra vida, sino totalización de la existencia, sin la inconclusión que llevaría a un existir distinto del terreno, proyectado sobre una perspectiva de beatitud. La muerte propia no implica, pues, el final de la vida terrena, como principio de una vida infinita, final que dejaría a nuestra existencia incompleta y trunca, sino que ésta sólo por la muerte se hace plena, totalizándose como existencia. Así el existir humano cobra el sentido definitivo de un todo concluso. En una de sus más sugestivas cartas de Muzot (*Briefe aus Muzot*, 1921-1926) la que dirige a Witold von Hulewicz, (la 106 del volumen) Rilke, al explicar el entrañado sentido de las "Elegías del Duino", afirma que la verdadera forma de la vida abarca vida y muerte; "que no hay ni un más acá, ni un más allá, sino la gran unidad", unidad que el hombre ha de esforzarse por realizar, tendiendo siempre hacia ella con máxima y tensa conciencia. Pero esta existencia, de tal modo plenificada, acabada, es, para el poeta, finita e irreiterable; es una única e impermutable oportunidad terrena, que hay que agotar en toda su posibilidad inmanente e insobrepasable: la muerte propia, el morir que se desprende de nuestra vida. A la vivencia de esta oportunidad única da Rilke, en la novena elegía, forma y voz: "Porque ser aquí (en la tierra) significa ya mucho, y, en apariencia, a nosotros -todo lo terreno nos necesita, éste marchitarse-, singularmente nos concierne. A nosotros, los más precederos. -Una vez cada uno, y sólo una vez. Una vez, y no más-. Pero éste haber sido una vez, aunque sólo una vez: haber sido de esta Tierra, parece irrevocable".

Esta radical irreiterabilidad de la existencia humana está en función de la Tierra y de su "santa inspiración", la muerte confidencial, propia, que es desvelo humano por la única plenitud sin declive ni caducidad. Pero, con este afán, transido de desazón y angustia, no se agota la tarea del hombre sobre su parcela solitaria de destino, sino que él está llamado a cumplir una misión indeclinable, la de acoger a la Tierra en la intimidad de su ser, absorbiendo las esencias telúricas para darles la consistencia de la verdad y la diafanidad de la belleza. El carácter de este mandato y su realización -que según Rilke, es el "premio encargo" de la Tierra misma- constituye el capítulo fundamental de la mística rilkeana, su vivencia medular; tema de vasto alcance y sutil urdimbre que requiere elucidación especial.

Nota

¹ En “Briefe an einen jungen Dichter”, en la segunda carta, Rilke le rinde el más amplio homenaje. Dice que sólo dos libros lo acompañan siempre, donde quiera que esté. “También los tengo aquí a mi lado: la Biblia y los libros del gran poeta danés Jens Peter Jacobsen”. Véase, además, el final de esta carta. De las “Cartas a un joven poeta”, poseemos la excelente traducción castellana, comentada, de Luis di Iorio y Guillermo Thiele, cuidadosamente editada por el Instituto de Estudios Germánicos de la Facultad de Filosofía y Letras.